

guida en el altar mayor. Estos restos son muy venerados de los leoneses. Rara es la rodilla que aquí no se ha doblado alguna vez ante las santas cenizas.

Aben Abed, Rey de Sevilla, devolvió las venerandas reliquias á Fernando I, que alzó el edificio que hoy subsiste en el mismo lugar en que se enclavó el primitivo fundado por Alfonso V en el siglo XI. Por entonces, dice la tradición que sudaron agua muchos días las losas próximas al altar de San Isidoro, anunciando la muerte de Alfonso VI, Rey caballeresco y romántico.

LA CRIPTA DE LA BASÍLICA

Un sacristán nos invita á visitar el panteón de los Reyes. Es decir, yo supongo que será un sacristán, por que con su sotana negra y raída, cayendo á plomo de los hombros, sin acusar cuerpo alguno, y su rostro, que no es tal, sino una calavera con ojos y gafas, más bien parece una momia escapada del panteón que se dispone á enseñar-

nos. Decididamente, no debe uno de forjarse nada *à priori*. Iba á poner el pie en el lugar de reposo eterno de los Monarcas, de las Reinas, de los Infantes leoneses, en el mismo recinto donde se posaron las de tantos Reyes paladines de la cruz, rindiendo acatamiento á sus antecesores muertos, allí donde las cenizas de todos los Soberanos compartieron durante los siglos las soledades del último sueño; era un lugar augusto, y me había imaginado una cripta subterránea y sombría, con húmedo ambiente, con muros renegridos, oscura, pesada, austera, con los tonos rudos de aquella época de hierro. En vez de ello, me encuentro con una cámara de varias bóvedas sustentadas por dos macizas columnas de ricos capiteles, y tres ó cuatro más empotradas en la pared. El techo es bajo y ostenta unos ricos frescos de gran mérito arqueológico. Un doble arco con verja abierto al claustro da luz á la estancia. Doce enormes sepulcros cuadrangulares distínguense desparramados por la silenciosa morada. Unicamente de los de Alfonso V, de su hermana Doña Sancha y del Infante D. García puede atestiguar la autenticidad. Los demás mausoleos fueron saqueados por la soldadesca

francesa en la guerra de la Independencia, y las cenizas de los insignes muertos se confundieron y mezclaron. Grave y serio el lugar, pero no imponente. Una joya arquitectónica que despierta admiración, y que hace pensar más que sentir.

Distraen los detalles del buril, y se necesita un esfuerzo imaginativo, evocar en la memoria las hazañas de cuatro ó cinco generaciones de Soberanos, para que el espíritu se fije en las urnas de piedra. En la cripta de la capilla Real de Granada se contemplan los sepulcros de Fernando é Isabel al débil resplandor de un cirio, y al palpar el plomo de la tapa, un súbito calor frío corre por las venas y arranca un estremecimiento.

Aquellas dos tumbas escuetas é informes, sin una inscripción, rodeadas de sombra, me resultan más imponentes que estos sarcófagos de exquisita labor é inundados de claridad. Unos y otros son igualmente grandes, pero echo aquí de menos el ambiente solemne que rodea á los de los Reyes Católicos. Cuestión de escenografía.

El claustro es del Renacimiento, con bóvedas y medallones, en los que se perpetúa la memoria de las Princesas que allí

están enterradas, labrando su busto. El arco del panteón, que recibe la luz claustral, hállese cerrado por una enorme verja.

EN EL PALACIO REAL

La fachada principal de San Isidoro da á una plaza en la que crece la hierba, y en el centro de la cual se alza una fuente de servicio público. Casas bajas y vulgares constituyen el perímetro del lugar con la basílica. Nada que revele lo que fué el sitio, nada que haga entender su egregio destino en los albores de la Edad Media; y, sin embargo, estamos en el solar de lo que fué morada de los primeros Reyes de León, testigo presencial de sangrientos sucesos y de jubilosas fiestas.

Fué aquí, ante esta verja, desde donde contemplo la plaza. Las lluvias de muchos siglos han lavado las piedras en que apoyo los pies; pero quizás esas sombras que ennegrecen la losa son la mancha que dejó indeleble para siempre la sangre de un crimen. El hierro de los glóbulos rojos, dicen

los químicos. La traición que queda estampada, digo yo. Alboreaba un día del mes en que las flores se visten de largo. Las campanas de San Isidoro, lanzadas á vuelo, pregonaban por toda la ciudad la nueva de una dicha y convocaban á los honrados leoneses para recibir dignamente al que había de disfrutarla. El enlace del Conde castellano García, á la sazón imberbe mancebo, con la dulce Sancha, hermana de Bermudo III, estaba concertado como prenda de futura concordia entre Castilla y León; el adolescente había venido á su capital presunta á entrevistarse con su amada y se dirigía á pedir la protección divina al entonces templo de San Juan Bautista, después variado en su advocación. Los tres hermanos Rodrigo, Íñigo y Diego Vela, que para eterno baldón suyo ha conservado sus nombres la historia, aguardaban emboscados ante la iglesia, y abriéndose paso á la fuerza, el joven Príncipe cayó acribillado á puñaladas por ellos, por los mismos que poco antes habíanle fingido acatamiento besándole la mano.

Un siglo después, de nuevo las campanas de San Isidoro volvían á alborotar en la torre, pero entonces se mezclaron á sus ta-

ñidos ecos no de muerte, sino de alegre y marcial trompetería. Alfonso VII habíase coronado Emperador, y por las ventanas de su palacio escapábase el bullicio del banquete conmemoratorio en que los magnates ejercían de escanciadores y mozos en una mesa á la que asistía la flor de la nobleza del Reino, presidida por el Monarca, aún no desposeído del manto y de la corona imperial de oro, ceñida por la mañana en la catedral; 13 de Mayo era por filo cuando los Velas asesinaban al infortunado García; 26 de Mayo rezaba el calendario cuando Alfonso VII agregaba á su clásico y tradicional título de Rey el más pomposo y magnífico de Emperador. El mes de Mayo tiene por ende derecho á un lugar preferente en la historia de León.

Apenas habíanse extinguido los recuerdos de la coronación imperial, nuevas fiestas se celebraban en este lugar mismo: las de las bodas de García de Navarra con Urraca, la hija del Soberano leonés. Eran entonces los mejores tiempos del palacio regio, vecino de la basílica. A sus puertas mismas se alzó el trono de oro y terciopelo, y ante él tañeron cítaras y tocaron flautas los más nobles villanos de la ciudad, y cantaron y

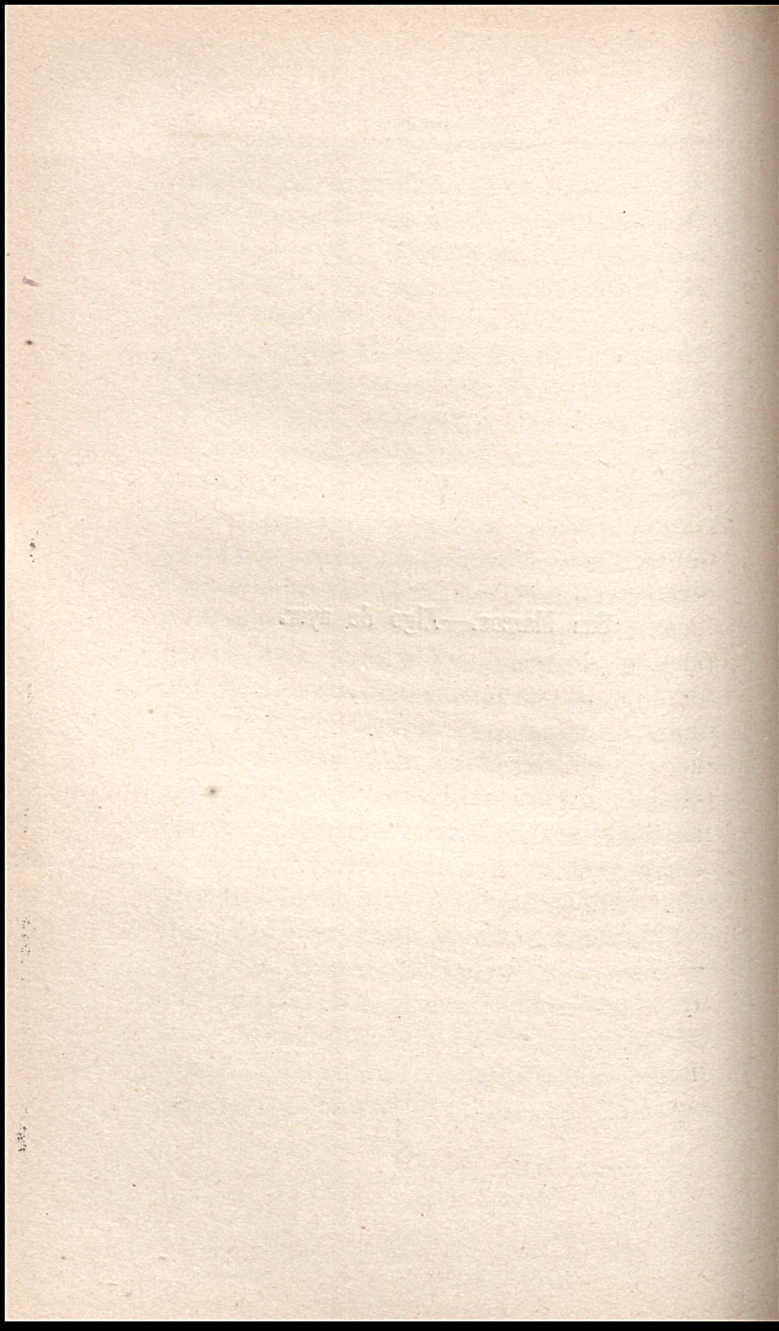
bailaron aldeanas y campesinos, armándose justas y derribos de toros por los caballeros de la corte, todo lo cual presenciaron los novios y su suegro con grandes muestras de complacencia y regocijo.

Todo pasó; todo no es ya más que un recuerdo perpetuado en una crónica de pergamino amarillo por los años y cubierta de polvo, que sólo algún sabio ojea. El palacio y el templo eran dos vecinos que se estorbaban materialmente por escasez de lugar, y moralmente porque las mundanas magnificencias del uno chocaban con las piadosas humildades del otro. Acaso porque lo comprendió así, derribó Fernando el Santo la mansión regia, haciendo donación del solar á la basílica isidorena y ordenando que fuera siempre plaza para que no le quitara la vista. Ocho siglos atrás, soldados con toscas vestes y ferrados cascos reírían aquí con las villanas, aunque no junto á ningún chorro, sino en el amurallado patio del edificio, como ahora ríen con varias mozas de cántaro, á las que piropean á la vez que llenan de agua dos barricas, seis ú ocho *números* del 36 de línea que guarnece á León. ¡Ineludible y triste sucebilidad de las cosas humanas!

V

San Marcos.—Algo de ayer.





V

SAN MARCOS

Enclávase al Oeste de la ciudad, fuera del arrabal de Renueva, al extremo de una sombrosa avenida orillada de grandes álamos. El Bernesga, en esta sazón con muy poca agua, lame uno de sus costados y se aleja luego por la frondosa campiña. Su fachada principal cae á la carretera, y trayendo la retina llena de las sencilleces de lo gótico y de las severidades de lo bizantino, producen singular impresión sus dos cuerpos de profuso ornato, platerescos, el bajo con ventanas de medio punto y el superior con balcones cuadrilongos, rematados uno y otro por un cornisamiento con gárgolas y un calado antepecho. Tales promiscuidades de estilos revelan un espíritu influido por su tiempo, pero enamorado de la ojiva, el que sin duda murió antes de concluirse su obra,

no respetando su plan sus sucesores. Ni más ni menos que lo que hoy sucede con nuestros ministros. Así en el fastuoso conjunto, que despierta con justicia la admiración, como en muchos de sus detalles, verbigracia, en las pesadísimas columnas del segundo piso se descubren, contemplados despacio, las primeras palpitaciones del churriguerismo. Hay elegancias exquisitas: el frontis, juntas á fealdades barrocas: los balcones.

El pórtico de la iglesia es de lo más grandioso que he visto hasta ahora. Si estas cosas se pudieran clasificar matemáticamente, le asignaría el número dos, que el uno se lo concedí ya al patio del palacio de Carlos V en Granada, obra á la que ninguna otra iguala en majestad. Un arco soberbio de medio punto sirve de entrada al amplio portalón, abierto entre dos hermosas torres sin concluir. En ambos lados ofrécense dos nichos platerescos: el de la derecha con un relieve que representa la Crucifixión, y el de la izquierda el Descendimiento. Conchas clavadas en las enjutas revelan el primitivo destino de la casa iglesia. Una balaustrada de piedra finísima, tras la que se abre una claraboya circular en un frontis, rematan el

pórtico, en el fondo del cual vense dos arcos superpuestos, el inferior rebajado. El exorno de todo ello, de una magnificencia suprema, acusa las fastuosidades del Renacimiento.

La portada del convento no le va en zaga á la de la iglesia en punto á magnificencia. Un arco semicircular de entrada, orillado por cuatro altísimas y gallardas columnas con un relieve que representa al apóstol Santiago acuchillando moros, sobre el dintel de la puerta, un ático fastuoso y pesado, un frontis elegantísimo, con rosetón, y de coronamiento la estatua de la Fama.

Hoy está convertido el edificio en museo arqueológico, y su iglesia carece de culto; es una «iglesia fría», por supuesto enjabelgada bárbaramente; no faltaba más. El templo es de cruz latina, con una nave de cinco arcadas en el brazo principal, pilares boceados, bóvedas con labores de crucería, ventanas semicirculares con vidrios de colores y arabescos, y ricos púlpitos y amplias capillas. Merecen citarse la sillería del coro, obra del maestro Doncel, y la sacristía, de Badajoz, y olvidarse dos altares inconcebibles colocados en el coro mismo por los je-

suitas y escolapios que sucesivamente han habitado el edificio.

Una magnífica portada con relieves en el arco de paso, tres estatuas en tres nichos y una afilegranada y plateresca ventana, se abre en el brazo derecho del crucero. Salgamos á los claustros.

Si hermosas son fachada y pórtico, no lo resultan menos ellos, constituídos por dos órdenes de arcos de medio punto, los primeros oblongos con estribos, los segundos con medallones en sus enjutas, uniéndolos un doble friso con cabecitas de ángeles é insignias de la Orden. La piedra jugosa y no granítica, amarilleada por el tiempo, presenta ciertos tonos de cera virgen, semejanza que completa la blandura con que el cincel ha labrado bloques y pilares. Es uno de los trabajos platerescos más finos que conozco. Los calados, los capiteles, las repisas parecen hechos á molde, no á buril. Una filigrana. El cuádruple ándito sirve de lugar de instalación á varios objetos del museo provincial de arqueología, hoy alojado en San Marcos. Lápidas con inscripciones, sepulcros venerables, estatuas de alabastro, prelados en actitud de orar, instrumentos, fragmentos de losas. Es singularísima y ex-

traña la tumba de una romana, formada por un prisma de tejas y ladrillos superpuestos. El cadáver mostraba aún al ser descubierto una arracada de oro en perfecto estado de conservación. El adorno femenino había sobrevivido á la belleza que contribuyó á ensalzar. En una de las salas del museo puede verse esta arracada bajo el cristal de una vitrina.

ALGO DE AYER

Un día fué San Marcos humilde asilo de los peregrinos que iban á Compostela. No tenía entonces gárgolas artísticas ni balaustradas suntuosas; pero los devotos, á los que lanzaba su fe por los caminos con el bordón y la esclavina salpicada de conchas, encontraban un techo bajo el que guarecerse de las ventiscas invernales. Aquí pasaban la noche, aquí cobraban nuevas fuerzas, y al amanecer otra vez carretera adelante con el pensamiento en el apóstol. El piadoso, el caritativo edificio, rival luego del de Uclés, del que se hizo cargo Suero Rodrí-

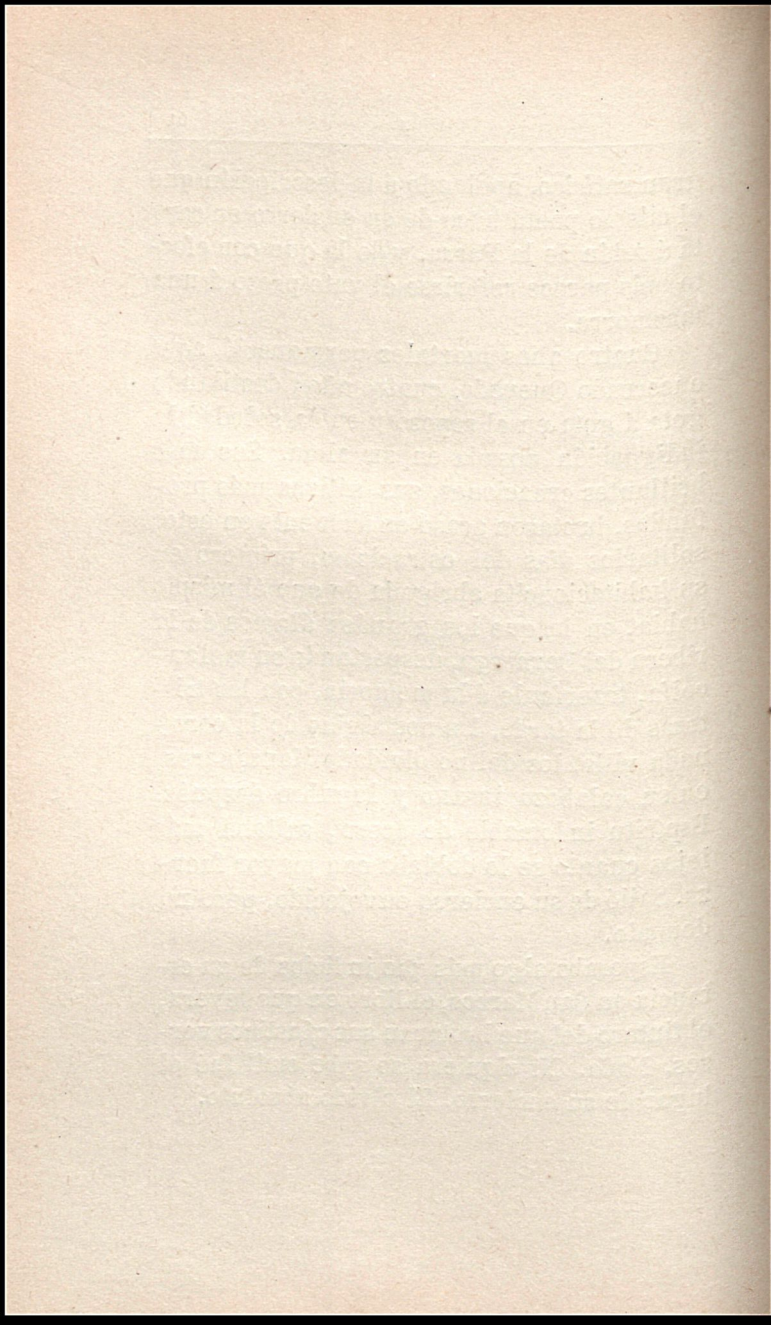
guez en 1173, no existe ya; el actual lo mandó elevar sobre sus ruinas en 1514 Don Fernando el Católico, no concluyéndose hasta 1715, en que se terminó parte de la fachada. Sus mayores magnificencias arquitectónicas datan de la época del Emperador Carlos V. Por ahí andaré su escudo. En este edificio tuvieron su residencia principal los caballeros de Santiago, y en su iglesia duerme el sueño eterno el primer maestro de la Orden.

Caritativo asilo de peregrinos, albergue suntuoso de los caballeros santiaguistas: hé aquí las dos nobles aspiraciones, á las que debió su origen este edificio. Lo que seguramente no entró jamás en el propósito de su restaurador, fué el que sirviera de cárcel á nadie. En la torre de las campanas y en su segundo cuerpo enséñase al visitante un desmantelado cuarto que el guía señala como prisión de Quevedo, cuando fué destruido de la corte el cáustico ingenio por haberle atribuído el burlesco y famoso memorial al Conde-Duque de Olivares, aparecido un día en palacio como por ensalmo, sin saberse quién lo introdujo en el alcázar. El docto catedrático D. Policarpo Mingote, niega que éste sea el lugar de reclusión del

gran satírico, apelando á la descripción que el mismo poeta hace de su encierro en carta á Adán de la Parra, y de la que con efecto más parece referirse el vate preso á una mazmorra.

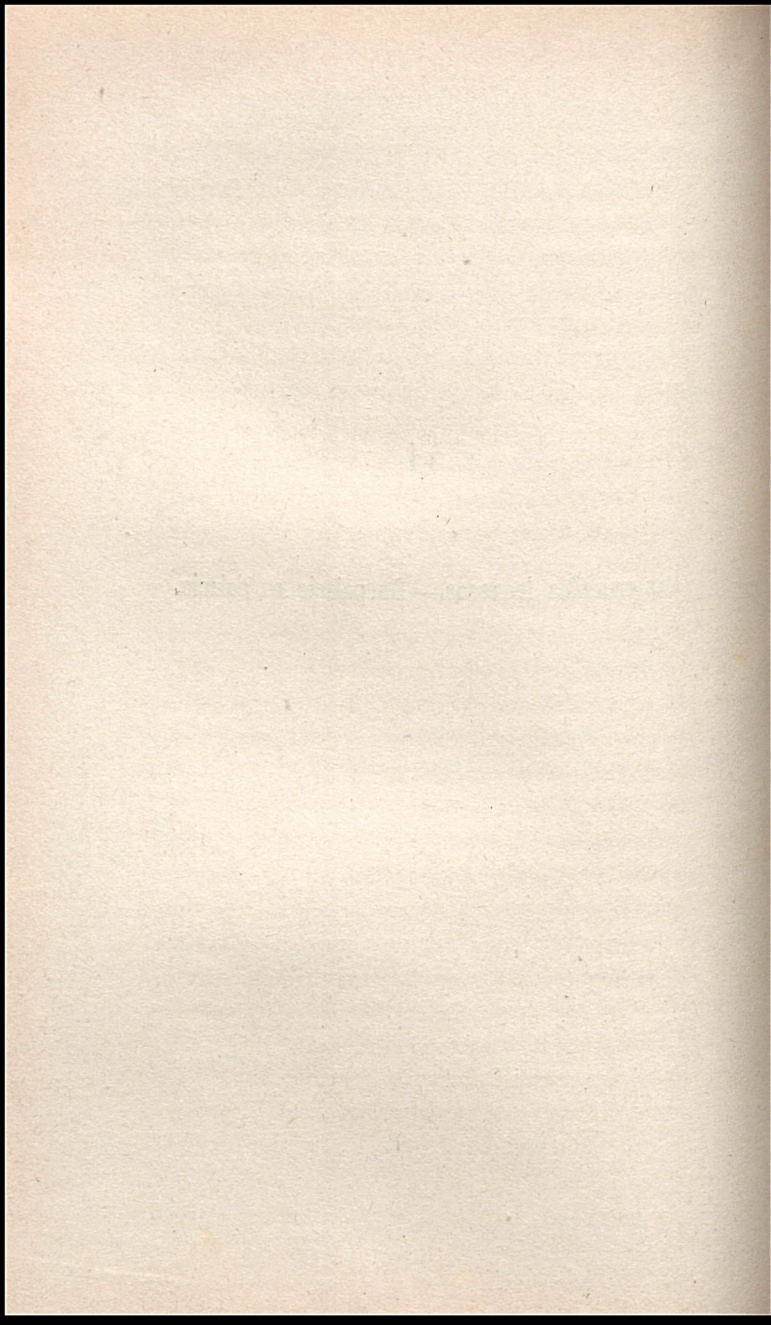
Cuatro años mortales permaneció aquí encerrado Quevedo, cuatro años destilando gota á gota en el reposo y en la soledad la indignación posada en su alma. Sus más brillantes creaciones, sus sátiras más profundas, brotaron acaso en su mente en estos solitarios días del ostracismo, primero en su habitacioncita abrigada de que él mismo habla, en la que los grandes álamos de la ribera del Bernesga, despertando su melancolía, traeríanle á la memoria, con las tristezas de la tarde, las nostalgias de la coronada villa, los del no olvidado Manzanares, en su calabozo insano y lugubre después. Espíritu indomable de acero, saltaba más lejos cuanto se le doblaba con mayor fuerza. Salió de su encierro envejecido, pero no domado.

Esperaba algo más que indicios de su estancia en San Marcos, el libro en que leyera, el tintero del que brotaran sus cáusticos versos. Nada. Ni siquiera se sabe cuál fué el lugar de su encierro. El olvido absoluto.



VI

Las murallas leonesas.—De palacio en palacio.



VI

LAS MURALLAS LEONESAS

El deseo de recorrer la catedral en lo posible alrededor de su perímetro, me las muestra de pronto. Métome al azar por una puerta de túnel, que resulta la del Obispo, y me encuentro ante ellas. Sigamos la calle de Serradores, para verlas despacio. Ya lo merecen. Alzáronlas los soldados romanos de la séptima legión, para defensa de su campamento, y ahí están sobreviviéndoles con la firmeza de cuantas obras ha legado el gran pueblo á la posteridad, después de trascurridos muchos siglos y de resistir innumerables embates de los infieles.

Acaso las de Tarragona les ganan en antigüedad; su cimentación por lo menos data de los tiempos míticos; pero éstas de León, siquiera no de tanto mérito arqueológico,

resultan más atrayentes para el artista. Consérvanse en su primitivo estado buen número de cubos ceñudos y ariscos, de vieja piedra, que el mucho tiempo hace parecer más venerable, veteados de hierbas parásitas, y entre ellos, adheridos á los entrepaños como moluscos á las rocas, véanse varias casitas de gente pobre, con sus tejadillos humildes, verdirrojos, y algún matajo bravío, que brotando entre las grietas del muro ha encontrado muy cómodo agarrarse á una chimenea. El contraste es singularísimo. Hay aquí algo de mutuo convenio, pactado Dios sabe cuándo, entre las casas y los muros. Las casas han debido decirles á los muros: «ustedes han pasado; no les perjudicamos en nada; déjenos apoyarnos en sus bloques»; y los muros contestaron quizás: «con mucho gusto.» Y así viven en la mejor armonía, amparando siempre á alguien estos antiguos sillares que un día miraron cara á cara á Almanzor.

Sólo que aquí se repite el caso de la hiedra, que engañando á cualquier ramita cándida y joven, una vez agarrada, concluye por apoderarse del árbol entero. Las casitas contiguas á la puerta del Obispo, serias y formales, cumplen su convenio al pie de

la letra; pero más lejos, á uno y otro lado de la citada, hacia lo que hoy es plaza del Conde de Luna, las humildes viviendas han asaltado la murallas y erguídose encima. ¡Triste debilidad y pasajero poderío de las cosas de los hombres, por virtud de los cuales, unos matacanes construídos para la guerra han venido á servir de cimientos á varios tranquilos hogares de familias pobres! ¡Resistieron los formidables empujes de los astures, resistieron los asaltos de los árabes, y no han podido resistir á unos cuantos jornaleros del campo, que por sí mismos se alzaron sobre el torso del muro sus viviendas! El ratón venciendo otra vez al león.

DE PALACIO EN PALACIO

Recorrer al azar una de estas ciudades históricas es honda dicha, sólo comparable á la de que le dejen á uno revolver á sus anchas en un archivo. Aquí se descubre un misal de los tiempos medios, con iniciales góticas sobre fondo de oro; allí un infolio

con viñetas de colores en las márgenes; allá el libro de horas de tal Monarca; acullá la crónica de tal reinado; ya un palimpsesto, ya un incunable, ¡qué sé yo! Un placer igual se experimenta vagando por las calles y deteniéndose ante los edificios de las viejas poblaciones. Sus casas antiguas son sus peregrinos.

El León monumental es verdaderamente espléndido. Demás de los tres edificios que le dan fama, hállase el turista á su paso con un palacio cada cien metros. La misma calleja por donde desemboca á la plaza de la catedral, ofrece tres ó cuatro juntos. Hé aquí, constituyendo una esquina, el de los Guzmanes, grande, macizo, severo, con severas torres en sus ángulos, una bella arquería en su piso segundo, y una serie de rejas y barandillas trabajadas en frío, que son de lo más afilegranado que ha producido la cerrajería del siglo XVI, sobre todo la reja, balcón y ventana de medio punto del ángulo. Tiene la casa, hoy Gobierno civil, un precioso patio plateresco. Hace juego con esta morada otra no menos ilustre y vecina á ella, la de los Marqueses de Villasinta, sólida y recia, con balcones con remates triangulares.

De lúgubre memoria es esa otra vivienda señorial con gótico portalón, sobre el que corren tres arcos encerrados en una aguda ojiva, que descansan sobre columnas bizantinas por su capitel y con afilegranado patio que es un tesoro de alicatados. Aquí, en la más suntuosa de las habitaciones del palacio, en el retrete de su noble dueño, y á sus pies, fué muerto á puñaladas el Obispo Vergara por los deudos del Tesorero de la catedral, Fernando Cabeza de Vaca, á quien el Prelado acababa de hacer asesinar alevosamente por sus criados en un banquete. Estamos ante la morada solariega del Conde de Luna.

El palacio obispal, severo y sencillo; el Seminario, desnudo de adornos en su fachada; las casas capitulares, antaño palacios de la Puridad, con un cuerpo inferior, con arcos, dórico y un atrio con el escudo imperial, sí, señor, en su segundo cuerpo, jónico de estilo; el Consistorio, del siglo XVII, antiguo palco de los regidores que presidían justas, toros y cañas desde sus balcones, con su Plaza Mayor de soportales; el Hospital, serio y grave; la iglesia de San Marcelo; la capillita del Cristo de la Victoria, enclavada en el mismo sitio donde vivió